

CONVOCADOS POR LA PALABRA

Hna. Dolores Aleixandre RSCJ

La Hermana Dolores Aleixandre, nació en Madrid. Es religiosa de la Sociedad del Sagrado Corazón. Desde joven ha trabajado en la escuela y ha desarrollado diversos servicios en el gobierno provincial. Fue maestra de novicias y continúa trabajando en el campo de la formación acompañando retiros espirituales para laicos y religiosas.

Está especializada en Filosofía bíblica y en Teología. Profesora emérita de Sagrada Escritura en la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad de Comillas, de Madrid.

Colabora con Sal Terrae, Catequistas e ICTYS. Ha publicado numerosos libros y artículos.

Original en español

¿Eran conscientes los discípulos de Jesús, aquel puñado de hombres y mujeres que le seguían convocados por su persona y su palabra, de que iban a convertirse para nosotros en iconos en los que íbamos a clavar nuestra mirada? ¿Qué hubieran pensado al saber que íbamos a reconocernos en ellos, en las peripecias de su trayectoria, en sus vacilaciones y entusiasmos, en las alegrías y temores de su seguimiento?

Si lo hubieran sabido, quizá no hubieran discutido entre ellos sobre quién era el más importante; quizá hubieran sentido vergüenza de huir y se hubieran quedado junto al Maestro en el huerto; quizá Tomás nunca hubiera dicho aquello de que “*si no meto mis manos en los agujeros de sus clavos, no creeré*”.

Pero, para suerte nuestra, discutieron, huyeron, vacilaron y merecieron el reproche de Jesús: “*Hombres de poca fe, torpes y lentos de corazón...*” Y también para dicha nuestra fueron capaces de decirle un día: “*Señor ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna...*”

Pero no es en ellos en quienes vamos a fijar hoy nuestra atención sino en otros personajes que aparecen en el Evangelio “diseñados” por Jesús y hechura de su poderoso imaginario. Porque Pedro, María Magdalena, Leví, Zaqueo o Bartimeo, tenían vida propia antes de encontrarse con Él, mientras que los hombres y mujeres que pueblan las parábolas sólo llegaron a la existencia convocados por su palabra y configurados por ella. Ninguno de ellos, excepto

Lázaro, posee nombre propio, como si estuvieran esperando incorporar los nuestros y convertirse en iconos a quienes contemplar y de quienes aprender. Y esa es precisamente mi propuesta a partir de cinco de ellos:

el portero de Mc 13, 34

el sembrador tranquilo de Mc 4,27-29

el administrador pródigo de Lc 16, 1-8

los jornaleros de la última hora de Mt 20,1-32

los niños que jugaban en la plaza en Lc 7, 31-35.

Todos y cada uno de ellos pueden revelarnos algo de lo que significa vivir CONVOCADOS POR LA PALABRA y algo de lo que Jesús pretendía comunicar con aquellas narraciones suyas que atraían la atención de los que le escuchaban.

De ellos podemos aprender cómo ser y vivir hoy en la Vida Consagrada:

”Expertos en atención

Deslumbrados por la gratuidad de Dios

Confiados en que la Palabra hace su trabajo

Sagaces para ganarnos amigos

Danzantes al ritmo del Evangelio.

1. Como el portero encargado de velar,

EXPERTOS EN ATENCIÓN

Sucedirá lo mismo que con aquel hombre que se ausentó de su casa y encomendó a cada uno de los siervos su tarea y encargó al portero que estuviera alerta (Mc 13,34).

Es interesante la distinción que hace la parábola entre los personajes: el dueño de la casa, antes de ausentarse, reparte dos tipos de responsabilidades según la categoría de los que se quedan en la casa: a los “siervos” les encomienda a cada uno una tarea, mientras que al “portero” le encarga algo diferente: que esté alerta.

El portero es a la vez un hombre del “adentro” y del “afuera” y su misión tiene algo de fronterizo y de liminal. Pertenecce por un lado a “la casa” y, aunque no es su dueño, conoce bien las riquezas que se encierran dentro y su responsabilidad de guardarlas y defenderlas. Mientras los otros servidores realizan sus tareas en el interior, él se mantiene en un puesto que linda con el exterior, con la atención puesta más allá de los muros de la casa, intensificando su atención para protegerla y también para reconocer con su vista y su oído el retorno

esperado del amo ausente o las noticias que de él puedan traerle otros. Su señor le ha encomendado una tarea de responsabilidad al delegar en él algo tan importante como abrir o cerrar la puerta, de permitir o negar la entrada en la casa a través de ella: le ha entregado “el poder de las llaves”

¿No podremos sentirnos como él convocados por la Palabra a ser “*hombres y mujeres de la puerta*”, situados entre el adentro y el afuera y a quienes se ha encomendado la tarea de ser expertos en atención?

La atención a lo interior y el estado de expectación son rasgos poco frecuentes en nuestra cultura, (me refiero sobre todo a la de los países del Norte), mucho más propensa a la distracción y la intrascendencia, esos hábitos que, casi imperceptiblemente, van configurando vidas “centrifugadas” por la prisa, el ruido y el estrés y creando una generación de somnolientos, sordos, ciegos y mudos, ensimismados e inertes, privados de orientación significativa, prisioneros en las redes vacías de la trivialidad, embotados para la interioridad y la compasión. “Las minorías privilegiadas, condenadas al miedo perpetuo, pisan el acelerador para huir de la realidad y la realidad es una cosa muy peligrosa que acecha al otro lado de las ventanillas cerradas del automóvil”, dice Eduardo Galeano.

Ninguno de nosotros está libre de esa presión ambiental y la disciplina de la vigilancia y la atención se ha vuelto un arte difícil, asediados como estamos por mil llamadas a la extraversión, distraídos por tantos ruidos que nos vienen de fuera o que nos resuenan dentro. A veces, ese atolondramiento y esa distracción parecen nacer “con buen fin”: en vez de ser “porteros” vigilantes para acoger la Palabra, abandonamos nuestro puesto de guardia para correr diligentemente de curso en curso o de conferencia en conferencia; compramos insaciablemente libro tras libro, acumulamos notas y fotocopias que nunca volveremos a leer; grabamos afanosamente cassettes y CDs que dormirán después silenciosos en algún armario... Las palabras se van acumulando en las estanterías de nuestro corazón, las ideas, discursos, razonamientos, opiniones y comentarios van ocupando todos sus rincones, y devoran ese espacio de desierto y silencio al que siempre está queriendo Dios atraernos, y su Palabra se queda en el umbral de nuestra casa, porque la puerta está cerrada y nadie contesta a sus llamadas.

Si perdemos el hábito de la atención y se nos atrofian los caminos del deseo, leeremos textos pero no nos sorprenderá la Palabra, creceremos en ilustración pero no en sabiduría, nos consultarán como a peritos, pero no habrá en nuestras respuestas esa vibración que hace intuir bajo ellas un corazón deslumbrado.

¿Qué nos diría ese portero de la parábola, un hombre habituado a la espera y a la vigilia?

Quizá empezaría por invitarnos a abrir la puerta que nos conecta con nuestra interioridad, a volver a hacer el descubrimiento de estar habitados y a vivir en contacto con nuestro corazón.

“Tú, cuando vayas a orar, entra en tu aposento y cerrando la puerta, ora a tu Padre que está en lo escondido...” *recomendaba Jesús (Mt 6,5-6). El texto está marcado por imperativos: entra, cierra, ora... Y eso quiere decir que la iniciativa no parte de nosotros sino de Otro que es quien llama, invita y atrae: “Nadie puede acudir a mí si no lo atrae el Padre que me envió” (Jn 6,44). Tenemos secretas resistencias a creer que somos deseados por Dios y a que es Él quien busca nuestra presencia y, sin embargo, es de eso de lo que quieren convencernos los autores bíblicos, desde el Génesis al Apocalipsis: “Oyeron los pasos del Señor que se paseaba por el jardín al fresco de la tarde y el hombre y su mujer se escondieron de su vista entre los árboles del huerto. Pero el Señor Dios llamó al hombre diciendo ¿Dónde estás?” (Gen 3,8-9).*

“Mira que estoy a la puerta llamando: si uno me oye y me abre, entraré en su casa y cenaremos juntos” (Apoc 3,20).

Tanto en este último texto como en el de Mateo aparece una puerta separando dos ámbitos: el de fuera y el de dentro. En Apocalipsis habla el “Amén, el testigo fiel” que está “fuera” y llama a “abrir” esa puerta que le separa del que está “dentro” (la Iglesia de Laodicea), mientras que en el de Mateo, Jesús invita a “cerrar” la puerta. En ambos casos, el encuentro tiene lugar en el espacio interior y las imágenes para expresar la intimidad son la de una cena juntos, o la de un intercambio de mirada y palabras.

La experiencia de atracción desemboca en el descubrimiento de estar habitados y de que, cuando llegamos a contactar con nuestro corazón, Alguien nos está esperando. “Hijas, que no estáis huecas”, decía Santa Teresa¹. Estamos “habitados”, no vacíos; no llegamos los primeros ni estamos nunca solos: “Mi Padre y yo vendremos a él y haremos en él nuestra morada” (Jn 14,23). Por eso hacemos la misma experiencia de Jacob en Betel: “Verdaderamente, el Señor estaba en este lugar y yo no lo sabía”... (Gen 28,16)

A partir de esa convicción de fe, podemos perder el miedo a contactar con todo lo que en nosotros es oscuro, desordenado o inquietante: “No habéis recibido un espíritu de esclavos para recaer en el temor, sino un espíritu de hijos que nos permite clamar Abba, Padre (...) El Espíritu se hace cargo ²de nuestra debilidad porque nosotros no sabemos pedir como conviene, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables” (Rm 8,15. 26).

El Espíritu “derramado” en nosotros hace posible una aceptación positiva de nuestra condición frágil y limitada porque, al “hacerse cargo” de ella, hace posible que dejemos de considerarla como un obstáculo entre Dios y nosotros. Y llegamos a alegrarnos de no ser ni “puros espíritus” ni “espíritus puros”

*sino algo mucho mejor: hijos del Padre capaces de hacer la misma experiencia que hacía presentir a Ignacio de Antioquía “una fuente de agua viva que murmura en mi interior y me repite: Ven al Padre...”.*³

¿No sería hoy una misión de la VC ofrecer caminos de acceso a la interioridad diferentes a las propuestas de la New Age que nos saturan con su espiritualidad meliflua y carente de cualquier compromiso? La misión de “porteros” nos invita a mirar afuera para detectar todas esas búsquedas anónimas de gente insatisfecha e inquieta, a abrirles la puerta de nuestras comunidades y ofrecerles compañía para barrenar la realidad y “perforar” su aparente trivialidad.

La experiencia nos dice que, cuando abrimos las puertas, entra en nuestra casa mucha gente herida por experiencias de fracaso, soledad, fragilidad y desamor. Ese mundo en apariencia satisfecho y saturado de consumo, está habitado por muchos hombres y mujeres poseídos por los miedos: a la locura, la enfermedad, el sufrimiento, la vejez, la muerte o el silencio.

Hoy más que nunca la Palabra nos convoca a abrir las puertas y ofrecer escucha, acogida, calidez y compañía a un mundo aterido. Podemos heredar de tiempos pasados la idea malsana de que la VC puede perder su carisma si se abre demasiado y se mezcla con grupos o personas que tienen alternativas de vida diferentes, y se nos olvida que mucho más importante aún es heredar la tradición bíblica de un pueblo que, desde el exilio, aprendió a dialogar con los no judíos como condición necesaria para que su fe se universalizara. Israel fue siempre una cultura que dialogó con otros: cananeos, griegos, romanos... Nunca se mantuvo “puro”: se abrió y se universalizó, a la vez que guardaba la sensibilidad para el proyecto de Dios.

El portero encargado de vigilar podría decirnos:

“Vivid despiertos y expectantes, no dejéis que decaiga vuestra atención: sólo en ella se revela el inmenso y silencioso trabajo de Dios en vuestro propio corazón y en el mundo. Y dejad la puerta entreabierta para que entren los que viven a la intemperie: el Señor a quien esperáis vendrá a vosotros escondido entre ellos”.

2. Como el sembrador tranquilo,

CONFIADOS EN QUE LA PALABRA HACE SU TRABAJO

El reino de Dios se parece a un hombre que echa semilla en la tierra, y se acueste o se levante, de noche y de día, y la semilla brota y crece sin que él sepa cómo. La tierra produce fruto por sí misma; primero la hoja, luego la espiga, y después el grano maduro en la espiga. Y cuando el fruto lo permite, él enseguida mete la hoz, porque ha llegado el tiempo de la siega (*Mc 4,27-29*).

Como la interpretación de las parábolas cambia mucho según el título que les pongamos, propongo el de “*sembrador tranquilo*” para iluminar con otra luz el texto que solemos llamar de “la semilla que crece por sí misma” (Mc 4,26-29).

“Mirad a ese hombre, parece decir Jesús: actúa y decide intervenir justo en el momento que le corresponde: “*siembra*” la semilla y, al final, “*mete la hoz*” cuando llega el momento de la siega. Pero sabe que hay un periodo de tiempo en el que a él no le toca hacer nada, sino que es la tierra la que “*por sí misma*” hace que la semilla germine y crezca y dé fruto. Y todo eso acontece “*sin que él sepa cómo*”, mientras él “*duerme y se levanta*” tranquilamente, sin empeñarse en dirigir unos ritmos que escapan a su control”.

Difícil equilibrio éste en una cultura de la eficacia, la planificación y el rendimiento inmediato.

Difícil desafío para la VC en la que nos sigue persiguiendo la preocupación por medirlo y controlarlo todo. Solemos ser gente seria, disciplinada y responsable en su trabajo y nos cuesta acertar con la alternancia entre acción y quietud, entre esfuerzo y abandono. La mayoría de nosotros se ha formado en una cierta “lógica del héroe” y en una sobrevaloración del trabajo y del esfuerzo pastoral, acompañados de algo que podríamos calificar como de “ansiedad apostólica” que nos hace confundir el “celo” con la contabilidad, la eficacia y el éxito a corto plazo.

Seguimos teniendo como asignatura pendiente el discernir cuándo toca estar activos y diligentes en las tareas del Reino y cuándo pacientes y pasivos; cuándo es tiempo de arrimar el hombro y cuándo los otros agradecerían que nos quitásemos de en medio; cuándo la situación requiere estar vigilantes e intervenir, y cuándo lo único que podemos hacer es “echarnos a dormir”; cuándo toca analizar y detectar causas y cuándo encajar incapacidades e ignorancias y reconocer que no lo sabemos todo y que hay muchos *porqués* y *cómos* que se nos van a seguir escapando. El discípulo que “aprueba” esa asignatura es el que, después de hacer buenamente lo que estaba en su mano, se queda tranquilo sabiendo que el proceso que Dios mismo ha puesto en marcha, hará que la semilla continúe creciendo durante la noche, mientras él duerme.

También a la hora de vivir a la escucha de la Palabra y convocados por ella necesitamos el talante del “sembrador tranquilo”. “No empujes al río, él fluye sólo”, aconseja la sabiduría oriental. No te empeñes en controlar el dinamismo de la Palabra, ella sabe bien cuál es su trabajo; y lo realizará si no le estorbas demasiado, nos dice el Segundo Isaías:

*“Como la lluvia y la nieve caen del cielo
y sólo vuelven allí
después de haber empapado la tierra,*

*de haberla fecundado y hecho germinar(...)
así será la palabra que sale de mi boca:
no volverá a mí de vacío,
sino que cumplirá mi voluntad
y llevará a cabo mi encargo” (Is 55,10-11).*

No hay que confundir las tareas: la nuestra es abrir espacio a la Palabra, releerla, estudiarla, meditarla, acogerla desde un corazón vacío y pobre, susurrarla como el orante del Salmo 1. La suya es nutrir, interpelar, conducir, iluminar, transformar.

Dejarse convocar por la Palabra requiere de nosotros una receptividad básica, la misma que posibilita que un espejo, o un cristal, o el agua tranquila de un lago reflejen la luz del sol o de la luna; no “hacen” nada para que la luz reverbere sobre ellos, sólo están ahí quietos, lo mismo que la tierra, que tampoco hace nada para que la semilla crezca en sus entrañas.

Frecuentar la Palabra, rondarla y cortejarla, familiarizarnos con ella, guardar como un tesoro en el arca de la memoria esas breves frases de los Salmos o del Evangelio que en algún momento han hecho arder nuestro corazón: *“Tu amor vale más que la vida”* (Sal 63,4); *“El Señor es mi pastor, nada me falta”* (Sal 23,2) *“Venid a mí los cansados y agobiados”* (Mt 11,28); *“Tú tienes palabras de vida eterna”* (Jn 6,68); *“Dichosos los misericordiosos”* (Mt 5,7); *“Jesús, hijo de David, ten compasión de mí”* (Mc 10, 48); *“Que me alcance tu ternura y viviré”* (Sal 119,77).

Parece una siembra inútil e improductiva pero a veces, inesperadamente, se nos regala la experiencia de constatar que esa semilla ha crecido *“por su propio impulso”* (Mc 4,27), y sentimos que esas palabras han comenzado a formar parte de nosotros mismos y se han vuelto nuestra propia respiración. *“No podéis servir a Dios y al dinero”* (Mt 6,24), recordamos de pronto con más fuerza que las llamadas del confort y el consumo. *“No andéis preocupados por el mañana”* (Lc 12,25), y nuestras ansiedades, temores y obsesiones emprenden la huida. *“No tengáis miedo, yo he vencido al mundo”* (Jn 16,33), y nos sentimos con fuerza para encajar animosamente la vida. *“Era forastero y me disteis hospitalidad”* (Mt 25,35), y nos situamos cordialmente a favor de los inmigrantes y preocupados de sus problemas.

Si estamos dispuestos a dejar atrás los viejos suelos que sustentaban nuestro yo, nos encontramos anclados en otro centro y respirando otro aire.

*“Se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador
porque ha mirado la humillación de su esclava”*

canta María en el Magnificat (Lc 1,48), reconociendo que es en la mirada de Dios donde está la fuente de su júbilo. Pero ella, sin detenerse ahí, vuelve sus

ojos allí donde Dios los tiene puestos, y contempla la historia con la misma mirada en la que se ha sentido envuelta. La Palabra, tantas veces escuchada desde las celosías de la sinagoga de Nazaret, ha hecho su trabajo y le hace ver la realidad con unos ojos nuevos. Por eso, junto a un realismo consciente de la precariedad de las cosas y de la dureza de la vida (hay hambrientos, pobres y humillados y ambiciones y poderes opresores que son su causa), ella no se deja engañar por las apariencias, es capaz de perforar la realidad y ve las cosas, las personas y las relaciones tal como Dios las ve. Y por eso se adelanta a contemplar a los hambrientos ya saciados, a los humildes y abatidos exaltados y a los ricos y poderosos despedidos con las manos vacías.

Lo mismo que ella y *“sin que sepamos cómo”*, podemos encontrarnos reaccionando desde criterios, deseos e inclinaciones que no proceden de nosotros mismos, sino de Aquél que ha ido grabando su palabra como un sello sobre nuestro corazón y nuestro brazo. Y nos damos cuenta con asombro de que, aunque sea fugazmente, hemos sintonizado con Él, hemos coincidido con sus sentimientos, hemos hecho la experiencia de lo que ocurre cuando el viento de su Espíritu sopla en la velas de nuestra barca.

3. Como los jornaleros de la última hora, DESLUMBRADOS POR LA GRATUIDAD DE DIOS

Imaginemos que los discípulos, después de escuchar la parábola de los jornaleros de la viña y ya a solas con el Maestro, le pidieron que se la explicara. Quizá alguno le recordó que en la versión de aquella historia que circulaba en los medios rabínicos, cuando los de la primera hora protestaban al recibir el mismo salario que los de la última, recibieron esta respuesta del amo: *“Éstos, en una hora, han trabajado más que vosotros en todo el día”*. Ese sí que era un final sensato y satisfactorio en el que quedaba manifiesto el premio al trabajo, al mérito y al esfuerzo, mientras que en la insólita versión de Jesús todo eso apenas era tenido en cuenta y el amo, en el que aparecía veladamente el mismo Dios, no ofrecía más justificación que ésta: *“¿No me es lícito hacer lo que quiero con lo que es mío? ¿O es tu ojo malo porque yo soy bueno?”* (Mt 20,15).

Aventuremos la respuesta del Maestro: *“Imaginad que sois del grupo de los contratados por el amo de la viña a última hora, y que habéis recibido el mismo salario que los que se han pasado el día trabajando. Al día siguiente ¿no llegaríais mucho más temprano que los demás, no para acumular méritos, sino por puro agradecimiento, porque la bondad del amo os había atrapado en su espiral de gratuidad?”*.

La novedad de esa reacción hacía parecer mezquino lo que más de uno (y nosotros probablemente), murmuraba en su interior: *“Si yo hubiera sido de los que ganaron un denario habiendo trabajado sólo una hora, al día siguiente y en*

vista de que no peligraba mi salario y que el amo era tan generoso, llegaría lo más tarde posible, ...”

Lo mismo que a ellos, la Palabra trata de empujarnos más allá de los límites que nos hemos impuesto y nos desborda con su novedad. Cuando leemos el Evangelio, lo extraordinario roza nuestra existencia, como un cometa que ilumina con su órbita de luz otro planeta oscuro y lo “razonable” queda desafiado por extrañas propuestas que, como una epifanía, rompen nuestro horizonte estrecho y dejan entrever posibilidades apasionantes e inéditas. Podríamos compararla con el anzuelo que intenta “pescarnos” y sacarnos a respirar otro aire, en un intento de que la anterior atmósfera en que nos movíamos nos resulte ya irrespirable.

Inexplicablemente, Jesús, que tantas veces se expresaba desde un realismo lúcido y hasta a veces con una sombra de pesimismo (“*no se fiaba de los hombres porque sabía lo que hay en el hombre*” Jn 2,25), parecía estar a la vez habitado por una confianza sin límites en la capacidad de reacción del corazón humano y, como si no hubiera perdido la ingenuidad de los niños, se atrevía a plantear modos utópicos de comportamiento. Sus propuestas encierran un poderoso potencial transformador: “*A quienes las recibieron, podríamos decir glosando el prólogo de Juan, les dio poder para convertirse en discípulos...*” En ellas late la oferta de ir transfigurando nuestras ideas sobre Dios para ir las haciendo coincidir, aunque sea trabajosamente, con las suyas.

Si la Palabra había hecho su trabajo, podemos imaginar que aquellos jornaleros de la viña que sólo trabajaron una hora y recibieron un salario desmesurado, comenzaron a conocer el corazón bueno del Dueño. Damos la palabra a uno de ellos para que nos ayude a familiarizarnos con las insólitas costumbres de Dios que aparecen en las parábolas:

“Dejaos sorprender por ese Dios desprovisto de los atributos propios de la divinidad (inmutabilidad, equidistancia, impasibilidad...) y dominado en cambio por emociones propias de los humanos: la misma inquietud y ansiedad de un poseedor codicioso, ávido de guardar lo que le pertenece (una oveja, una moneda...), sin soportar la más mínima disminución en sus haberes y dejando su alegría a merced de si encuentra o no lo perdido (Lc 15).

No os extrañe verle como un padre alterado e inquieto, que descuida los asuntos de la casa y siempre está fuera de ella esperando o buscando, como alguien descentrado y des-quiciado (Lc 15,11-32).

Miradle como un rey sin poder ni autoridad, incapaz de convencer a sus invitados, demasiado expuesto a la decepción y al fracaso ante el rechazo de su banquete, asombrosamente contento de sentar a su mesa a la gente de los caminos (Mt 22,2-14; Lc 14,16-24).

Asombraos al saber que es un inversor temerario y precipitado que corre

el riesgo de repartir su hacienda, sus talentos o su administración entre quienes no le ofrecen suficiente garantía de gestionarlos bien (Lc 15,12; Mt 25,14-30; Lc 16,1-8). O como un terrateniente débil, paciente en exceso y fluctuante en sus decisiones, que tan pronto se niega a escuchar a los siervos que le aconsejan arrancar la cizaña (Mt 13,24-30), como se deja convencer por el hortelano para no cortar la higuera que no daba fruto (Lc 13,6-9).

Abríos a las consecuencias de que Dios sea un observador parcial, con los ojos puestos donde casi nadie mira: las cunetas de los caminos (Lc 10,30); el umbral en el que yace Lázaro (Lc 16, 20); los lugares donde los más débiles son maltratados por los fuertes...” (Mt 24,49).

Posiblemente, lo mismo que Jesús con sus discípulos torpes y resistentes a la hora de encajar la novedad de ese Dios, el jornalero que hizo la experiencia de lo que es la gratuidad absoluta necesitará mucho tiempo y mucha paciente insistencia para desalojar las viejas ideas sobre Dios que pueblan nuestro imaginario y conseguir que aceptemos que esté siempre más allá de lo que pensamos sobre Él.

Y si le permitimos continuar con su trabajo, la Palabra que escuchamos a través de él nos revelará quiénes somos nosotros para Dios:

“No pongáis vuestros ojos en vuestros propios méritos, esfuerzos o trabajos: dejad que Dios os sorprenda con su amor desmedido y os colme de un amor que escapa a vuestros merecimientos.

Sois una tierra sembrada de semillas destinadas a dar fruto (Mc 4,3-9) y existen en vosotros brotes de vida que la mirada del Padre descubre (Mc 13, 28-29). Lo que Él ha sembrado en vuestra tierra posee tal dinamismo de crecimiento, que germina y crece más allá de vuestro control (Mc 4,26-29). No andéis preocupados por la mezcla de cizaña que hay en vuestra vida, lo que a vuestro Padre le importa es todo lo bueno que ha sembrado en vuestro corazón (Mc 13,24-30).

Es verdad que sois pequeños e insignificantes como un granito de mostaza, pero esa pequeñez esconde una fuerza capaz de transformarse en un gran árbol en el que vengan a posarse los pájaros (Mc 4,30-32). Quizá llegéis a la sala del banquete andrajosos y polvorientos, pero sois comensales invitados y deseados y el Rey que os ha invitado os espera con la mesa puesta (Mt 22, 1-14). Alegraos de poseer talentos y recursos a invertir (Mt 25,14-30); estáis a tiempo de haceros amigos de los que van a abriros las eternas moradas (Lc 16,9) porque tenéis entre las manos aquello en lo que os lo jugáis todo: pan, agua, techo, vestido compartidos con los que carecen de ello (Mt 25,32-46). Lo propio vuestro es perderos (Lc 15,3), alejaros (Lc 15,11-32), dormiros (Mt 25,1-13), endurecer vuestro corazón (Mt 18, 23-35), endeudaros (Lc 7, 41-43)..., pero Alguien cree en vuestra capacidad de dejaros encontrar y volver a casa, estar en

vela, ser misericordiosos, convertir en amor vuestras deudas. Y si os desea, persigue, busca y espera tanto, es porque sois valiosos a sus ojos”.

Estamos convocados a acoger esos nuevos nombres que nos bautizan con su novedad y a creer que son también los nuestros. El Evangelio nos los sigue entregando, como aquella piedrecita blanca del Apocalipsis (2,17) en la que está grabada nuestra verdadera identidad.

4. Como el administrador pródigo,

SAGACES PARA GANARNOS AMIGOS

Decía también Jesús a los discípulos: Había cierto hombre rico que tenía un administrador que fue acusado ante él de derrochar sus bienes. Entonces lo llamó y le dijo: “¿Qué es esto que oigo acerca de ti? Ríndeme cuentas porque no puedes ser más mi administrador.”

Entonces él se dijo a sí mismo: “¿Qué haré si mi señor me quita la administración? No tengo fuerzas para cavar, y me da vergüenza mendigar. Ya sé lo que haré, para que cuando se me destituya de la administración me reciban en sus casas. Y llamando a cada uno de los deudores de su señor, dijo al primero: “¿Cuánto le debes a mi señor?” Y él dijo: “Cien barriles de aceite.” Y le dijo: “Toma tu factura, siéntate pronto y escribe cincuenta.” Después dijo a otro: “Y tú, ¿cuánto debes?” Y él respondió: “Cien medidas de trigo.” Él le dijo: “Toma tu factura y escribe ochenta.” El señor elogió al administrador injusto porque había procedido con sagacidad, pues los hijos de este siglo son más sagaces en las relaciones con sus semejantes que los hijos de la luz. Y yo os digo: Hacedos amigos por medio de las riquezas injustas, para que cuando falten, os reciban en las moradas eternas (Lc 16, 1-8).

Peculiar historia en la que, al revés que en los relatos ejemplares tan socorridos en los ámbitos piadosos, de quien hay que aprender es de un personaje marcado por el derroche y el despilfarro (San Jerónimo en Vulgata lo califica de *diffamatus*, dejando en suspense la verdad de la acusación contra él). Jesús prescinde descaradamente de cualquier juicio sobre su conducta para fijarse solamente en algo que le parece digno de admiración e imitación: aquel hombre fue lo bastante astuto como para *ganarse amigos*, aunque fuera empleando medios reprobables. Jesús no anima aquí a la sencillez de las palomas sino a la astucia de las serpientes: la inteligencia se demuestra precisamente cuando se saben usar los bienes y la necesidad en lo contrario.

Imaginemos que ofrecemos al administrador astuto el puesto de “consejero especial” en nuestro equipo de gobierno: seguramente nos recordará que la buena marcha de nuestra Orden o Congregación no depende solamente de lo que

solemos llamar “temas espirituales”, sino también del empleo que demos a nuestros recursos concretos. Y para convencernos a través de la Palabra, nos hará una peculiar “*Lectio Divina*” de las parábolas: las “eternas moradas” las abren los amigos granjeados a través de las riquezas; la entrada al banquete de bodas del novio que llega estuvo condicionada a la provisión de aceite de las lámparas de las muchachas que le esperaban; entrar en el gozo del Señor que reclamaba sus talentos, dependió de si los siervos habían negociado arriesgadamente con ellos (Mt 25,14-30); el lugar a la derecha del Juez estará reservado para aquellos que compartieron pan, agua, techo y vestido con sus hermanos más pequeños (Mt 25,31-45).

Nos recordará que no encontramos nunca en el Evangelio la llamada a desentendernos del dinero, sino a relacionarnos con él de una manera correcta. Y lo mismo habrá que decir de cualquier recurso humano, desde la inteligencia, la cultura, el tiempo o las posibilidades de que disponemos, sean del tipo que sean:

“Actuad con inteligencia, nos dirá seguramente, responsabilizaos de lo recibido, empleadlo con cabeza y con corazón. No penséis que la espiritualidad consiste en desinteresaros por lo material o en evadiros hacia una esfera separada de las cosas de la tierra: la “casa” del mundo está también confiada a vuestro talento, habilidad, competencia y trabajo”.

Quizá cuando se levante de nuestra sala de reuniones nos deje pensativos y preguntándonos cómo hacernos especialistas en “ganarnos amigos”.

Porque hemos mejorado mucho, pero aún nos quedan en la VC resabios de antiguos mesianismos e iluminismos y viejos hábitos de secreta superioridad a la hora de relacionarnos con la gente. Solemos estar más dispuestos a dar que a recibir, a ofrecer ayuda que a pedirla, a enseñar más que a aprender. Estamos acostumbrados a mirar a los otros más como “hijos e hijas” potenciales que como verdaderos hermanos con quienes se entablan relaciones de reciprocidad. “Hacernos amigos” no suele ser una “especialidad” de los consagrados, más formados para pastores, maestros, predicadores o consejeros (bastante más los varones que las mujeres, hay que reconocerlo...).

Y sin embargo la Palabra nos pone en disposición de ganarnos amigos: nos convoca a ser discípulos con otros en la comunidad cristiana y a escucharla no como expertos o entendidos, sino como hombres y mujeres de corazón abierto y humilde.

El mejor curso de iniciación a la lectura de la Biblia que podemos hacer nos lo ofrece gratis el Evangelio que nos inicia en el “arte de la escucha” de Jesús, en su manera de reconocer el “dialecto del Padre” en la persona de los carentes de significatividad de su pueblo. Escuchando su voz silenciosa, Jesús se fue familiarizando con el “código de señales” con que el Padre se le

comunicaba y sintonizado con su “frecuencia”: oyó su voz llamándole desde aquella mujer encorvada y le respondió enderezándola (Lc 13,10-17); sintió que le daba gritos desde la antigua vergüenza de la mujer del flujo de sangre, y su respuesta fue hacer fluir hacia ella la fuerza sanadora que había recibido de Él (Mc 5,25-34); se llenó de gozo al oír resonar en la narración de sus discípulos las preferencias de su Padre hacia los pequeños (Lc 10,21-22); descubrió en la súplica de la sirofenicia que Su voluntad lo enviaba más allá de las ovejas perdidas de la casa de Israel y obedeció curando a la niña (Mt 15, 21-28); se dejó atraer por la llamada silenciosa del hombrecillo que le observaba oculto detrás de las ramas de una higuera y se invitó a su casa (Lc 19,1-10).

Contemplando cada uno de los encuentros de Jesús con la gente vamos aprendiendo de él en qué consiste “conocer la Escritura” y “alimentarse con la Palabra”. En cada uno de ellos le vemos comportándose como un verdadero “escriba”: su tarea consistía, no en escrutar viejos manuscritos, sino en traducir, comprender, discernir, intuir y des-codificar la palabra del Padre que le llegaba cifrada detrás de los gritos silenciosos, las súplicas, desesperanzas, agradecimientos o quejas que llevaban dentro los que se le acercaban. Y en ser para ellos alguien capaz de entenderles y responderles, el “hermeneuta” sabio, capaz de interpretar lo que ellos ni siquiera eran capaces de expresar.

Si queremos ser recibidos en las “eternas moradas” como el administrador pródigo, ya podemos empezar a hacernos expertos en humanidad y en escucha, especialistas en mirada y en atención selectiva para *ganarnos amigos* en aquellos lugares en los que tanta gente sin ciencia ni apariencia, puede enseñarnos a balbucear el lenguaje secreto del Evangelio.

Son ellos los que nos ayudarán a escuchar la Palabra, precisamente porque son sus portadores anónimos. Y nos resonará esta versión auditiva de Mateo 25: “*Venid, benditos de mi Padre porque me descubristeis en los que no tenían voz y me escuchasteis; porque os hablé en los desposeídos de palabra y de derechos, y me respondisteis*”.

5. Como los niños que jugaban en la plaza,

DANZANTES AL RITMO DEL EVANGELIO

“¿A quién se parecen los hombres de esta generación? ¿A quién los compararemos? Se parecen a unos niños que, sentados en la plaza, gritan a otros: “Tocamos la flauta y no danzáis, cantamos lamentaciones y no lloráis” (Lc 7,31-32).

Así se quejaba Jesús, tratando de sacudir por medio de un refrán popular la incapacidad de los que le oían para salir de su anquilosamiento y comenzar a moverse en otra dirección diferente de la que esclerotizaba su mente. Decía Madeleine Delbrel:

*“Señor, pienso que debes estar cansado
de gente que hable siempre de servirte
con aire de capitanes;
de conocerte con ínfulas de profesor;
de alcanzarte a través de reglas de deporte;
de amarte como se ama un viejo matrimonio.
Y un día que deseabas otra cosa
inventaste a San Francisco
e hiciste de él tu juglar.
Y a nosotros nos corresponde dejarnos inventar
para ser gente alegre que dance su vida contigo”.*

Los aspectos éticos del cristianismo, junto con los residuos de “tendencias-a-la perfección” y a cierto legalismo que creímos haber dejado atrás, pueden seguir latentes en rincones secretos de nuestras vidas y configurándonos como personas rígidas y sin alegría. Comentando las consecuencias de fomentar casi únicamente los “imperativos” en vez de los “indicativos”, dice Klaus Berger: “Es probable, que esta “espiritualidad”, quizá no precisamente dichosa, requiera la ayuda que puede llegarle del modelo del amor y la alegría. Pues probablemente por eso hablan tanto los místicos del siglo XII de amor, de amistad, de abrazar y besar, de alegría contagiosa y de la ternura del corazón: porque la seriedad de la vida austera siempre corre el peligro de malograr el alegre mensaje del Evangelio.(...) Posiblemente son dos las expresiones fundamentales de la espiritualidad cristiana. Una está orientada al Viernes Santo, por mencionar un lugar común, y pone en el centro el pecado, la culpa, el juicio vicario sobre Jesús y la sentencia absolutoria. La otra está orientada hacia la Pascua y pone en el centro la alegría, la bienaventuranza, la transformación y la risa que tiene por objeto la muerte y el diablo. Y no se trata de contraponerlas entre sí, sino de reconocerlas como formas complementarias de piedad.”⁴

Las llamadas a la radicalidad y a la conversión en nuestra VC con tonos imperativos pueden tener el efecto contrario de lo que pretenden y convertirnos en gente frustrada por no alcanzar tan altas metas de perfección o, siguiendo la metáfora de los niños que no danzaban, agarrotados tímidamente en un banco de la plaza, torpes de pies y duros de oído para captar la música que intenta seducirnos con su ritmo, incapaces de aventurarnos en un movimiento que no sabemos dónde puede conducirnos.

He hecho muchas veces la prueba de iniciar la parábola del tesoro e ir la completando en grupo. Todo el mundo se acuerda de cómo empieza: “*El reino de los cielos se parece a un tesoro escondido en un campo...*”, y también del hombre que lo encuentra y se va corriendo a venderlo todo para comprar el campo. Cuando digo: “Falta algo”, empiezan los detalles, unos reales y otros pintorescos: que lo volvió a esconder, que estaba cavando, que el tesoro estaba

en un cofre... Salvo rarísima excepción, nadie se acuerda de la frase sobre la que pivota la parábola y que pone en marcha todo su dinamismo: “...y **por la alegría**”

Me pregunto qué es lo que ha pasado a lo largo de veinte siglos de predicación y catequesis para que nos haya quedado tan claro lo de renunciar, sacrificar, abstenerse, tomar la ceniza y dirigirse a Dios pidiéndole: “No estés eternamente enojado...”, mientras que la alegría se queda arrinconada en los márgenes, como una virtud menor y prescindible.

Hablamos de dejarnos convocar por la Palabra pero tenemos demasiada inflación de palabras escritas, predicadas, proclamadas, aprendidas, explicadas, comentadas y exprimidas, y quizá estemos necesitando volver a la melodía simple de los gestos silenciosos que estuvieron en su origen.

Mucha gente anda (¿andamos?) hoy saturada, harta, escéptica e impermeable ante tantos discursos, documentos, exhortaciones y declaraciones y si la salud espiritual depende de la justa relación que establezcamos entre las palabras que pronunciamos y la transformación efectiva de nuestra vida en la dirección del Evangelio, habrá que reconocer que nuestra situación podría ser declarada “zona catastrófica”.

Imaginemos por un momento que tomamos la decisión drástica de someternos (¿un día? ¿una semana? ¿un mes? ...) a una “cura de silencio” consistente en que, durante ese período, las palabras que pronunciamos o escribimos habitualmente son sustituidas por la decisión de parecernos a Jesús de quien se dijo que *pasó haciendo el bien* y que hizo de esa manera de vivir, la danza con la que respondía al ritmo que le marcaba el Padre. Cada uno de nosotros tendríamos que traducir ese “paseo bienhechor” a nuestras circunstancias concretas, e ingeniárnoslas para que nuestra corporalidad entera, mirada, manos, pies, toda nuestra capacidad expresiva, reemplazara a esas palabras que, a su vez, han reemplazado tantas veces en nuestra vida a la sinceridad desnuda del amor.

Imaginemos también que se dirige a nosotros uno de los niños que jugaban en la plaza, cansado de vernos lo mismo que sus compañeros, inmóviles, átonos y resistentes para salir a bailar:

“¿No recordáis que en la vida de Jesús todo empezó por aquel himno que escuchó en Belén: “*Gloria a Dios en el cielo y en la tierra paz a los hombres que él ama tanto*”? Aquél fue el primer rumor que escucharon sus oídos y se convirtió en la obertura sinfónica de toda su existencia, el sonido de flauta que ritmó toda la danza de su vida. Vuestro Maestro no se quedó quieto ni rígido: el himno de aquella noche le emborrachó, le sacó de sus cabales y ya no supo vivir más que «en-ajenado», «alter-ado», incapaz de vivir a otro ritmo que no fuera el del derroche, la esplendidez y la ruptura de límites. La Palabra

escuchada de los ángeles aquella noche que cantaba a la *gloria* de Dios y a la *paz* de los hombres le apasionó tanto y le invadió tan totalmente, que vivió des-centrado, des-quiciado, porque su centro y su gozne fueron su Padre y sus hermanos.

Acordaos de lo que llegaron a decir de él: «*Ha perdido el juicio*» (Mc 3,21) y seguramente tenían razón, porque su amor carecía de toda sensatez y de toda medida. El que comenzó la formación de sus discípulos llevándolos a una fiesta de bodas (no a una escuela talmúdica, no al desierto...) ¿qué os diría al veros tan circunspectos, tan agarrotados por vuestra juiciosa prudencia, vuestras razonables componendas y vuestros calculados equilibrios?

Acercaos a su Palabra, haced silencio y escuchadla porque sólo cuando los oídos han captado la música, pueden los pies ponerse a danzar. Consentid que os alcance la melodía de su flauta: «*Gloria a Dios, paz a los hombres*».

Dejaos arrastrar por ella, tararearla, murmuradla en lo secreto de vuestro corazón.

Y, si os es dado, poneos a danzar a su ritmo. Aunque sea una locura”.

¹ “Hay otra cosa preciosa, decía Teresa de Jesús, sin ninguna comparación dentro de nosotras que lo que vemos por fuera. No nos imaginemos huecas en lo interior, que tengo por imposible si trajésemos cuidado de pensar que tenemos tal huésped dentro que nos diésemos tanto a las vanidades y cosas del mundo, porque veríamos cuán bajas son para las que dentro poseemos” (*Camino* 48,2).

² El verbo que utiliza Pablo, *synantilambanein* es el que LXX utiliza en boca del suegro de Moisés cuando le recomienda: “*La tarea es demasiado pesada para tus fuerzas (...) Busca algunos hombres capaces...y así os repartiréis la carga...*” (Ex 18,22). La preposición *syn* evoca la idea de proximidad mientras que *anti* tiene el sentido de “en lugar de”.

³ Carta a los Romanos

⁴ ¿*Qué es espiritualidad bíblica?*. Fuentes de la mística cristiana. Sal Terrae, Santander 2001, 202-204